

salieron en los inmediatos siglos los mejores misioneros y maestros de la cristiandad. Benito de Nursia fué quien durante el siglo VI organizó aquellas fuerzas diseminadas, creando un tipo, en el monasterio del Monte-Casino, que fué pronto imitado por todas partes: los monjes desde entonces debían dividir su tiempo entre la agricultura, los trabajos manuales y la transcripción de los libros; todo ello debía hacer aptos á los monjes para defender la fe y cristianizar á las naciones paganas, civilizándolas al mismo tiempo. — La Iglesia, al ponerse en contacto con la barbarie, había perdido la pureza de las costumbres; los monjes la reformaron; los obispos habían defendido las ciudades y cristianizado á los invasores; los monjes propagaron la fe más allá de los límites del imperio, y en el Occidente europeo *todos ellos se alistaron bajo la bandera del obispo de Roma*.

Este obispo era, á fines del siglo VI, un monje, y ese monje era un gran papa, ya lo dijimos. Gregorio hizo de la Roma pagana una ciudad santa; de entre las ruinas y con los materiales de los monumentos antiguos surgió una Roma de Santuarios y Basílicas, en donde los fieles, las ovejas del Pastor, únicamente socorridas por él en las inundaciones, la peste y el hambre, se reunían á cantar himnos sencillos, según el modo por el obispo fomentado (canto gregoriano). Esta ciudad y este obispo dependían de Constantinopla, y el papa saludaba á los emperadores legítimos y á los usurpadores con cánticos de hiperbólico regocijo; pero en cuanto se trataba de la supremacía del obispo sobre los otros obispos, ó sobre la Iglesia entera, nada igualaba la entereza de sus reclamaciones; un concilio universal (el de Kalkedonia) había proclamado esta supremacía, y Gregorio la sostuvo por tal manera, que puede considerársele como *el verdadero fundador del poder espiritual de los Pontífices*. Su obra de propaganda fué también de inmensa trascendencia: como siempre, el elemento femenil aliado al monástico, fué la palanca poderosa que, removiendo y trasformando el alma de los caudillos bárbaros, traía por consecuencia la conversión del pueblo. — En tiempo de Gregorio la obra de la catolización de los arrianos lombardos adelantó mucho; en España, en la familia real visigótica, después del sangriento drama de que fueron protagonistas el severo Leovigildo y su rebelde hijo católico Hermenegildo, las influencias del clero ortodoxo lograron prevalecer definitivamente, y el heredero del trono, Rekared, declaró al catolicismo religión del pueblo hispano-gótico, y los concilios celebrados desde entonces en Toledo tuvieron participación directa en el gobierno de la monarquía. — En Inglaterra donde, como veremos luego, los anglos y las sajones venidos de las riberas germánicas del mar del Norte habían fundado varios reinos, obtuvieron también éxito completo las

misiones monacales enviadas por Gregorio, á pesar de que el episcopado britón ó céltico tenía en la isla sus representantes, que pusieron serios obstáculos á la propagación de un catolicismo completamente sometido á Roma; ellos lo concebían menos disciplinado, pero más evangélico. — En suma, fundación definitiva del poder espiritual del Pontífice; emisión del concepto de que *en cierta esfera del poder temporal, civil ó político, estaba subalternado al espiritual*; organización del monaquismo para mejorar las costumbres, moralizar á los bárbaros y disciplinar la Iglesia; propagación del catolicismo entre los bárbaros, arrianos ó paganos, tal fué la obra fundamental del papado en el siglo VI.

LOS ESTABLECIMIENTOS BARBAROS DESPUES DEL SIGLO VI.

1 — El reino hispano-gótico. — 2. — Los Anglosajones. — 3. — Los Longbards. — 4. — Los Franks. — 5. — El imperio bizantino y los bárbaros en Oriente.

1. *El reino hispano-gótico*. — El pueblo gótico fué el que más dispuesto se mostró para asimilarse los elementos de la cultura romana; pero esta asimilación pareció hacerlo inhábil para la vida. Los compañeros de Alarik, acampados entre la Loire y el Pirineo, por concesión del emperador, emplearon sus fuerzas en ayudar á los ejércitos romanos á desbaratar la invasión de los hunos en las Galias, y en devolver al imperio la provincia española que había sido un sumidero de invasiones germánicas (vándalos, alanos, suevos); gracias á los visigodos desaparecieron los vándalos, que se trasladaron á Africa dejando su nombre á la antigua Bética (V-andalucía) y los alanos que quedaron refundidos en el grupo más resistente de los suevos. Fijados definitivamente en Aquitania (entre el Garona, el Ródano y los Pirineos) y teniendo por capital á Tolosa, los reyes visigóticos pusieron mano en la obra de la romanización; su cristianismo arriano era un obstáculo para lograrlo, pues la población los repelía por ello y los obispos conspiraban en favor de los franks. Estos destruyeron, al comenzar el siglo VI, el reino de Tolosa, y hubieran acabado por completo con la existencia independiente de los visigodos, sin la intervención de Teodorik, que salvó para ellos una parte estrecha de la Galia Pirenaica, y les permitió seguir en España el curso de sus destinos.

España, mientras vivió Teodorik, fué una provincia del imperio ostrogótico; á la muerte del gran rey bárbaro recobró su autonomía y continuó sus luchas con los franks y con los bizantinos que destruían el dominio vándalo en Africa y luego se adueñaban de Italia; las discordias que en España sobrevinie-

ron con motivo de la elección de Atanagildo para el trono por una fracción de la nobleza goda, dieron margen á los griegos para apoderarse de una parte de los litorales mediterráneos de la Península. El reinado de Leovigildo marca, en el último cuarto del siglo VI, el apogeo del poder hispano-gótico; sometió definitivamente á los hispano-romanos; arrancó á los suevos sus últimos refugios en el ángulo Noroeste de la Península, y arrebató á los griegos parte de su dominio. La rebelión de su hijo, el católico Hermenegildo, por causas religiosas; la muerte de este príncipe de quien la Iglesia ha hecho un mártir, dan un carácter trágico á los últimos años de Leovigildo. Él bien conoció al morir que ni era posible ni era conveniente resistir más á la influencia católica; el clero arriano, sin prestigio y sin valor, no se defendía; el pueblo católico apoyaba á su clero cada vez más poderoso y que era el nacional: fundir los dos grupos era necesario; mas la herejía regia lo hacía imposible. Recaredo, el sucesor de Leovigildo, lo comprendió así, y antes de acabar el siglo VI no había más que católicos en España. — El siglo VII ve pasar por el trono hispano-gótico una serie de reyes, más ó menos grandes como conquistadores: unos rechazan á los francos, otros expulsan definitivamente á los griegos; pero todos, de grado ó por fuerza, están sometidos á la tutela eclesiástica y á la gran asamblea periódica en que se encarna el *Concilio de Toledo*. Esta asamblea acabó de fundir legalmente en una sola la población germánica y la indígena; en cambio mermó el poder regio aumentando las riquezas é inmunidades del clero, y lo expuso á la ambición no menos desapoderada de los magnates, que conspiraban perpetuamente y debilitaban el reino, acabó, además, con los hábitos de tolerancia propios de los arrianos, y dispuso constantes y atroces persecuciones contra los judíos (cuyo centro, Toledo, era una especie de Jerusalem española) que tanto ayudaron luego á los árabes á establecerse sobre las ruinas del imperio cristiano y que quizás fueron la causa determinante de la invasión islamita. — Al acabar el siglo VII, á pesar de príncipes tan notables como Sisebuto, tan populares como Recesvinto, tan bravos é inteligentes como Wamba, el reino de los visigodos está en agonía. Cierto, en ninguno de los establecimientos bárbaros se había hecho tanto para civilizar á los conquistadores y para atraerse á los conquistados; pero ambos grupos habían perdido sus virtudes nativas, y es una ley histórica que «cuando dos pueblos de distinto grado de cultura entran en contacto, comienzan por cambiarse sus vicios» y se debilitan ó mueren, ó se salvan, gracias á alguna crisis tremenda, como una revolución religiosa ó una invasión extranjera.

2. *Los anglos y sajones en la isla de Bretaña.* — La provincia romana de Bretaña fué abandonada por las legiones en los comienzos del siglo V; el

cristianismo, que dominaba en la isla, había trascendido á Irlanda cuyo pueblo lo había abrazado con ardor. Los indómitos pietos, unidos á los piratas irlandeses (scots) y teutónicos (saxons), atacaron á los bretones; éstos se aliaron entonces á otras partidas de piratas venidas de Jutlandia y lograron vencer á los feroces montañeses de Caledonia; mas los aliados eran por extremo peligrosos, y cuando se vieron vencedores, se volvieron contra los bretones y emprendieron una lucha de exterminio que debía prolongarse más de siglo y medio. ¿Quiénes eran estos invasores? Formaban parte del grupo de la población germánica que habitaba la costa del mar del Norte desde Frisia hasta Dinamarca. Los francos les daban el nombre genérico de saxons (porque su arma, como ya dijimos, era el *sax*); más ellos, e. d., los saxons, los anglos y los iuts, denominaban á su liga: *los anglos*. Una parte de esta gente era labradora y practicaba, como todos los germanos, la organización social que tiene por centro el grupo constituido por la religión, y basado sobre el parentesco que hacía de *la aldea* una suerte de familia amplificada, parecida al *clan* de los pueblos célticos; las necesidades de la guerra dieron cada vez mayor extensión al poder de los jefes militares *herrzogs* (duques) ó *kings* (reyes) sobre la sociedad entera; la propiedad de la tierra entre estos grupos, frecuentemente confederados para la lucha, no era probablemente *individual*, sino *comunal*, es decir, no había más propietario en el clan que el clan ó la tribu misma. — Los germanos que invadieron las otras provincias del imperio, apenas pueden llamarse conquistadores; los anglos sí lo fueron en Bretaña, en la más terrible acepción de la palabra; fué aquello la expropiación violenta y el exterminio de los vencidos; la guerra entre celtas y germanos no sólo provenía de antipatía de razas, sino de odios religiosos; Woden (Odín) triunfaba de Cristo á sangre y fuego. Durante la conquista se sucedieron las bandas de invasores marítimos; los iuts y los saxons se establecieron al Mediodía de la isla; los anglos, que emigraron del Schleswig, dejándolo desierto, con sus familias y sus ganados, conquistaron el Este. A veces los bretones resistían en el Centro y el Occidente con tanto vigor, que detenían la conquista; mas al cabo de algunos años ésta seguía su curso fatal. Los establecimientos que se fundaron sobre las ruinas de la civilización romano-bretona, fueron, no una mezcla como en los países del Continente, sino puramente germánicos; la cultura vencida se extinguió por completo con sus leyes, su literatura, sus costumbres, su religión, que, al contrario de los otros germanos que aceptaron la de los vencidos, los anglos rechazaron. El germano siguió, pues, siendo germano; hombre libre, cultivador, soldado y juez de sus iguales. Pero su organización avanzó: tuvo reyes, tuvo una nobleza militar hereditaria, tuvo esclavos; los

reyes considerados como dueños del territorio ocupado, lo repartieron entre sus compañeros y así se creó la nobleza; los cautivos perdonados se tornaron esclavos.

Al principiar el siglo VII, los monjes misioneros de Gregorio Magno llegaron á las costas inglesas, y el rey de Kent los acogió y se convirtió luego con su pueblo; poco á poco todos los reinos anglo-sajones se catolizaron, y con el catolicismo, penetraron de nuevo en la antigua Bretaña la lengua, las letras y las artes latinas; es decir, Inglaterra comenzó á ser parte del mundo occidental.— Un período del siglo VII se pasó en reducir por la fuerza á los paganos y en luchas con los bretones ó de los diversos reinos entre sí. Pero el catolicismo triunfó al fin; la iglesia irlandesa, que había quedado separada de las otras por la invasión bárbara y que había producido apóstoles admirables y fundadores de órdenes religiosas organizadas como los *clans*, opuso tenaz resistencia á los neo-romanos; pero en un sínodo solemne fueron desechados por los anglos la supremacía y los ritos de esta excéntrica iglesia, lo que decidió la marcha futura de la historia inglesa, que de otra manera habría quedado subordinada á la iglesia de Irlanda, más evangélica, pero sin la organización sólida de la romana. De esta forma nació en el siglo VII la organización civil del estado inglés primitivo: los sínodos eclesiásticos se ampararon de la legislación general y fueron en realidad las primeras asambleas nacionales.— La historia de la Heptarquía, como se ha llamado muy inexactamente á la agrupación de los diversos reinos anglo-sajones, unas veces entregados á contiendas feroces, otras formando confederaciones pasajeras, se prolonga hasta principios del siglo XI en que el rey Ethelred del Wessex (saxons del Oeste) reúne á toda la comarca inglesa bajo su cetro; pero entonces comienzan las terribles invasiones de los escandinavos (noruegos y daneses). Después de largas y dramáticas luchas, los daneses, simples piratas al principio, logran establecerse en Inglaterra y dominarla luego, al grado de que al comenzar el siglo XI, bajo Knut el Grande, formó una provincia del vasto imperio escandinavo que rodeaba al mar del Norte; mas el elemento anglosajón torna á sobreponerse con Eduardo el Confesor en vísperas de la conquista normanda. A pesar de esta agitada y obscura historia, las instituciones germánicas, sin el estorbo de los hábitos administrativos romanos, se habían desenvuelto; la autoridad de los reyes continuaba limitada por las asambleas (*witenagemot*), y la de los nobles (condes ó thanes) por asambleas locales de que el rey era protector. La población rural se organiza en grupos libres y las ciudades conquistan cierta autonomía.

3. *Los longbards en Italia.*— Los griegos y los lombardos se dividían, ya

lo dijimos, la Península Italiana; á la sombra de los primeros, frecuentemente abandonados y casi siempre descuidados por la gran metrópoli del Bósforo, algunas ciudades como Venecia, Génova, Gaeta, Napoles, gobernadas por condes ó duques (*dux* ó *doge*), eran ciudades independientes casi, lo mismo que Roma; y todo gracias á la conquista lombarda, que hacía imposible la concentración de la autoridad en manos del *exarca*, fuera de la comarca circundante de Ravenna.— Mas los feroces lombardos, ya católicos intermitentes, se organizaban cada vez mejor y se civilizaban; lo mismo que los otros pueblos germánicos, se dieron un Código á mediados del siglo VII en que recibían su fórmula definitiva los usos y costumbres de los conquistadores germanos: la misma autoridad del rey limitada por asambleas y apoyada en la propiedad, frecuentemente repartida entre los fieles ó *gassindos*; la misma aristocracia, aspirando á convertir en perpetuos y hereditarios los dones reales y cuyos miembros á su vez tienen sus *gassindos*. También la familia colocada bajo la tutela ó *mundium* del padre, hombre libre, es entre los lombardos la base de la organización social; debajo están los siervos y los esclavos. La ruda legislación contra los adúlteros, la compensación pecuniaria por los delitos de homicidio ó heridas (*wergeld*) acaban de poner de resalto la analogía entre la legislación de los lombardos y las germánicas. Al finar el siglo VII la conversión de todos los lombardos al catolicismo era un hecho consumado, y largos años de paz disfrutó el reino. Mas la ambición de Luiprando que ciñó en el siglo VIII la corona lombarda y la formidable herejía de los destructores de imágenes ó *iconoclastas*, promovida por un emperador bizantino, dieron desde entonces el primer papel en Italia á los obispos de Roma; éstos, para combatir á los bizantinos, se apoyaron en los lombardos, quienes después de golpes repetidos se apoderaron de Ravenna al mediar el siglo VIII y se creyeron soberanos de Roma. El Papa, convencido de que no podía vencer á los nuevos amos con sólo los elementos italianos, apeló á una intervención extraña, al pueblo llamado « el hijo primogénito de la Iglesia, » á los francos.

4. *Los francos; los últimos merovingios.*— Hemos dejado en principios del siglo VII reinando sólo sobre los francos de Neustria y Ostrasia á Clotario II; naturalmente pagó á subido precio la ayuda de *los leudes* de una y otra comarca; lo que se llamó *la Constitución perpetua*, fué una capitulación de la monarquía en manos de la aristocracia; las propiedades recibidas por los leudes como donaciones revocables, tendían á quedar consolidadas en cabeza de los donatarios, que pudieron dejarlas en herencia; todo ello mediante la obligación de auxiliar en la guerra y en la administración de justicia al

soberano.¹ Dagoberto heredó el trono de su padre y combatió con éxito en Aquitania y en la cuenca del Elba con *los eslavos*; enriqueció las iglesias y fué llamado el Salomón de los francos; murió entregado á todo género de liviandades. Los merovingios, después de Dagoberto, no son reyes más que de nombre; la historia les llama *faineants*, y efectivamente *nada* hicieron, porque nada podían hacer. La aristocracia tomó las riendas del gobierno por mano de sus caudillos, especies de ministros palatinos ó mayordomos del Palacio (*maires du palais*). Pronto lucharon los mayordomos de Neustria contra los de Ostrasia. El más famoso entre los primeros fué Ebroin, que logró vencer á los de Ostrasia que obedecían á los *Pepins*, duques de los francos. Pero éstos se sobrepusieron al fin, y Neustria y Ostrasia formaron un solo reino, con un fantasma de merovingio en el trono, y el duque Pepin de Herstal en el gobierno. Hijo de este *maire* fué el famoso Karl Martel, el verdadero fundador de la dinastía de los Karlings ó Carolingios.

Los francos no fueron conquistadores en las Galias, sino vencedores de los que gobernaban el país en nombre de Roma ó en el propio cuando se presentaron, y á quienes substituyeron; si hubo mil actos parciales de violencia y ferocidad, no hubo ninguno de esos actos generales que separan en dos campos á los dueños y á los siervos; respetaron é hicieron oficialmente suya la religión y la lengua de los romanos, muchos de los cuales siguieron siendo altos funcionarios y grandes propietarios. (La distinción en la tarifa de la *wergeld* ó indemnización que se pagaba á la familia del occiso, mucho más subida cuando se trataba de un franco que de un romano, era una manifestación de orgullo, no política.) Por desgracia, después de tres siglos de desorden espantoso, la Galia había perdido toda su vitalidad y era incapaz de iniciar á sus dominadores en la verdadera cultura romana; el cristianismo produjo en ellos efectos muy lentos, como lo prueba la depravación de las costumbres que reinó entre francos y galos. Codiciosos por todo extremo, se visten y se rodean de un lujo bárbaro; lujuriosos con un desenfreno salvaje, reyes y señores presentan tipos de inverosímil liviandad, desde la infancia casi; sanguinarios impla-

¹ Seguimos aquí á la mayor parte de los historiadores alemanes y franceses modernos. F. de Coulanges contradice todo esto y niega que hubiese lucha alguna entre los grandes ú *optimates* de los reyes francos y sus soberanos; que hubiese consolidación de la propiedad de beneficios, gracias á estas luchas, puesto que las tierras concedidas por los merovingios lo habían sido en plena propiedad, y de lo que se trataba era de devolver á los súbditos las tierras confiscadas por el rey enemigo. En suma, para el eminente profesor no hay nobleza en los tiempos merovingios, sino domésticos del palacio y funcionarios, á la romana; ni hay nada feudal más que gérmenes confusos. Todo ello es objeto de empeñadas controversias.

cables, las familias reales se entreasesinan durante un siglo hasta agotarse. En consecuencia, esta depravación es de las que secan las fuentes mismas de la vida: es de las irreparables.— A la vez su gobierno es profundamente inhábil. Como reyes germanos, si su poder estaba limitado, era muy alto, casi divino por su función de protectores del pueblo y de conservadores de la paz; mas los merovingios complicaron esta función con la imitación del emperador romano, ó mejor dicho, con la del *basileo* bizantino, personaje sacrosanto y déspota oriental, consentido á veces como jefe por la Iglesia misma y superior á toda ley, pero involuntariamente limitado por la enorme complicación del mecanismo administrativo en Constantinopla. Sus imitadores, los merovingios, tienen también sus palacios, sus consistorios, sus oficiales, pero todo burdo, indeterminado é incoherente; también puján por ser jefes de la Iglesia, distribuyen á su antojo los beneficios eclesiásticos, y hasta alguno de ellos, á guisa de emperador bizantino, pretendió lanzar una declaración dogmática (Chilperico). La Iglesia, en cambio, obtenía tierras inmensas, ricas catedrales y privilegios ó *inmunidades* por doquiera; es decir, compartía de hecho la soberanía con el rey.— Y el rey, que no veía la soberanía en abstracto como los romanos, sino materialmente compuesta de honores y riquezas, la dividía incesantemente entre sus hijos, y los hijos, para poderse devorar los unos á los otros, la dividían con sus fieles ó leudes; dones temporales que acabaron, andando los tiempos, por hacerse hereditarios. Mas los nuevos propietarios no sólo se creían con un derecho civil sobre su tierra, sino político; eran en su propiedad dueños de vidas y haciendas; es decir, reyes locales. Esta formidable aristocracia gobernó, ya lo dijimos, por medio de los mayordomos palatinos, y dejó perecer á su sombra los últimos vástagos de los merovingios.

5. *El imperio bizantino y los tártaros; Heraklio*.— Justiniano había soñado restaurar el imperio de Constantino; sus victorias y reconquistas agotaron los recursos del imperio y obligaron á los bizantinos á enormes sacrificios y á distraer en España, Italia y Africa los elementos de defensa que debieron concentrar contra los *awars*, pueblo de origen tártaro como los hunos, que se había señoreado de Pannonia, y los Persas, implacables enemigos del imperio.— Una serie de emperadores que termina con el cruelísimo usurpador Focas, sucede á Justiniano y precede á Heraklio, joven general que destrona á Focas, y es proclamado *basileus* entre las bendiciones del pueblo. El nuevo César era un inspirado y un héroe; todo lo subordinaba á sus aspiraciones religiosas, y sus grandes campañas fueron verdaderas *cruzadas*.— « Los awars, dice un historiador contemporáneo, habían hecho un desierto de Europa; los Persas habían arruinado á fondo el Asia y deportado á lo lejos poblaciones

enteras.» Aliados á los búlgaros, dueños de los eslavos, de ambos pueblos, se valían los awars para tener en perpetua alarma al Imperio, y vez hubo que llegaron á los muros de Constantinopla. Los Persas, fanatizados por *los magos* y por los herejes *nestorianos* expulsados del imperio, llamados por los judíos en plena rebelión y que les ofrecían entregarles las ciudades sirias para vengarse de sus terribles opresores cristianos, invadieron las provincias asiáticas, se adueñaron de Jerusalem, y con espanto del mundo bizantino se apoderaron del leño santo de la cruz (614). Para rescatarlo marchó Heraklio al Oriente.—Predicóse en todo el imperio la guerra santa; la Iglesia dió todos sus recursos; el patriarca de Constantinopla se encargó de defender la ciudad contra los awars, y bajo la protección de la Virgen (*la panagia*) el ejército cristiano entró en acción. Al cabo de muchos años de gloriosas campañas, Heraklio había puesto á sus pies el imperio persa; Ktesifón, una de sus grandes capitales, lo vió entrar en triunfo, y el nuevo monarca persa (porque Kosroes, el enemigo de los cristianos, había perecido) entregó al vencedor el leño santo de la cruz, que fué solemnemente reinstalado en Jerusalem (628). Los boletines de guerra de Heraklio parecen salmos, y la exaltación religiosa de la cristiandad bizantina fué inmensa; la Virgen que había dado á Heraklio la victoria, había también libertado á Constantinopla sitiada por los awars, y el pueblo entonó las alabanzas de María, que todos los cristianos cantaban ya con el nombre de *letanías*.— Los resultados de todo esto fueron: 1.º El aniquilamiento del segundo imperio persa, que quedaba á merced de cualquier conquistador. 2.º La exacerbación del sentimiento religioso que aumentó el rigor contra las herejías perseguidas, y, sobre todo, en Siria y Egipto, causó la disolución moral del imperio.

LOS ARABES.

(Siglos VII y VIII.)

1.— Antecedentes del Islamismo.—2.— Mahoma (Mohamed) y su obra.—3.— El califato perfecto y la conquista en Asia.—4.— El califato de Damasco y la conquista en Africa y Europa.—5.— Los Abbasidas y el desmembramiento del Imperio.

1. *Antecedentes del Islamismo.*— La península arábica, defendida de invasiones por el enorme océano de arena que baja entre las cuencas del Eufrates y el Jordán, y que bordado por la caldera del Mar Rojo y por el Pérsico, despliega su árida costa meridional sobre el mar Indico, fué codiciada por los conquistadores egipcios, por los asirios, por los persas, por Alejandro y los ro-

manos. Ninguno pudo mantenerse en ella, aunque las numerosas caravanas y las tribus nómades que surcaban el desierto llevando á los mercados de Oriente muestras de sus ricos productos (gomas, perfumes) y noticias de los reinos establecidos en el Yemen, excitaban la codicia de aquellos pueblos que, sucesivamente ensangrentaron y saquearon el Asia. En Arabia, la población en parte trashumante y sedentaria pertenecía á la gran familia semítica (algunos etnologistas consideran á Arabia como el centro de difusión de los semitas). De índole eminentemente guerrera, en perpetua lucha con el desierto y con los hombres; de idiosincrasia soñadora, con un perenne espejismo delante de los ojos y una tienda de estrellas en el cielo cobijando las tiendas del aduar, el árabe, para entrar y figurar en la historia humana, no necesitaba más que un ideal que unificara las tribus y una oportunidad histórica que pusiera en contacto al pueblo ya organizado con el mundo exterior.— Los árabes en el siglo VI poseían una señal clara de antigua cultura, una lengua perfectamente adelantada y una literatura poética admirable; todas las tribus y familias tenían sus poetas, porque en aquella raza la imaginación y el sentimiento predominaban. Su religión se basaba sobre la adoración de los astros, y era un politeísmo vago, pero que reconocía un centro, la Mekka, en donde estaba depositada la piedra arrojada con Adán del Paraíso, dentro de un edículo llamado *la Kaaba*, situada en el sitio en que Agar y su hijo Ismael, padre del pueblo árabe, fueron socorridos por el ángel. El dios (Alah) de Abraham era, no el único, pero sí el principal para todos los árabes, y una tribu, la de Koreish, encargada de guardar la Kaaba, era francamente monoteísta, aunque explotaba la idolatría de las tribus, y por eso se opuso á Mahoma, que era, sin embargo, un Koreishita. Además, había numerosos grupos de judíos en el Hedchaz y particularmente en Yatrib, y los cristianos de Aysinia habían sido dueños recientemente del Yemen, que les disputaban los persas. Todo esto contribuía á preparar la unidad religiosa de los árabes, con tal que el que aprovechara su instinto monoteísta supiese respetar y consagrar lo que de mejor encontrase en sus costumbres.

2. *Mahoma y su obra.*— Tal fué precisamente la empresa de Mahoma ó Mohammed (el alabado). Educado en el desierto y convertido en poeta por la soledad y el temperamento, cuando ya casi hombre conducía sus camellos desde el Hedchaz á Siria y se puso en contacto con los sectarios de todas las religiones y todas las herejías, el espíritu simplificador de su raza lo elevó á una noción superior y sencilla de la divinidad, y concibió el designio de comunicarla y predicarla. La fortuna de su esposa le permitió entregarse á la meditación; tomó parte en una asociación de hombres caritativos, y el poeta se